

RAFAEL SÁNCHEZ*

pasionistasquito@hotmail.com / Comunidad Pasionistas / Quito

Resumen

Los diversos acontecimientos en el mundo actual, de manera particular, aquellos que tienen que ver con el lado negativo, punzante, sombrío, desconcertante, tenebroso, de las acciones humanas, suscitan perplejidad y plantean una pregunta inquietante: ¿a qué puede deberse el “desajuste” o “quiebre” que se percibe entre el desarrollo científico-técnico y la perfección humana? La pregunta remite de inmediato a la pedagogía y, por ende, a su estatuto epistemológico. No cabe duda del papel significativo e ineludible que tiene la pedagogía en la historia humana. En el presente artículo, se ahondará en el binomio pedagogía-perfección humana, a partir de cuatro vectores: persona humana; proceso de socialización: familia y sociedad; proyecto-historia; educación.

Palabras clave

Perfección humana, evolución, individuo, educación, proyecto-historia, socialización.

Abstract

The various events in the world today, particularly those having to do with the negative, sharp, dark, and scary side of human actions, have arisen and posed a disturbing question: What may be the “mismatch” or “break” that is perceived between the scientific and technological development and the human perfection? The question immediately refers to pedagogy and, thus, its epistemological status. No doubt the significant and unavoidable role that pedagogy has upon human history. In this article, we will deal with the binomial pedagogy-human perfection, based on four vectors: the human being, the process of socialization (family and society), project-history, education.

Keywords

Human perfection, evolution, individual education, project-history, socialization.

Forma sugerida de citar: SÁNCHEZ, Rafael, 2013. “Pedagogía y perfección humana”. En: *Revista Sophia: Colección de Filosofía de la Educación*. Nº 14. Quito: Editorial Universitaria Abya-Yala.

* Sacerdote pasionista. Licenciado en Filosofía Pura por la Universidad Complutense de Madrid.

Preludio

Confieso con llaneza y mesura: el tema elegido para el presente número de *Sophia* (el estatuto epistemológico de la pedagogía) me desborda, por dos razones: 1) porque mi conocimiento en pedagogía no es versado ni profuso y 2) porque no soy, estrictamente hablando, un “profesional” de la educación (no me dedico a la enseñanza a tiempo completo). Por otra parte, el tema en sí me impulsa a reflexionar, a partir de una de las líneas de investigación: la visión evolutiva de la pedagogía. El protagonismo (responsable) de esta disciplina no es solitario, sino en coordinación y diálogo con el resto de saberes, en especial la filosofía, la psicología y la sociología. En este sentido, la evolución de la pedagogía (contenidos enseñados, los procesos y los métodos) está en estrecha relación, por una parte, con el desarrollo de las ciencias; por otra, con los cambios en la sociedad (políticos, económicos, sociales, religiosos y culturales). La pedagogía tiene un pasado remoto, con un despliegue constante y sinuoso en diferentes civilizaciones, pueblos y culturas. La presencia de “maestros” o “educadores” en las comunidades humanas, primero sencillas (tribus, clanes o etnias), después complejas (ciudades, regiones y países), ha permitido su avance y, en consecuencia, que la especie humana vaya mejorando sus capacidades y compromisos como “ser-en-el-mundo” y “ser-con-los-demás”. ¿Humanidad más perfecta? Hemos de combinar la mirada optimista con la realista. Ni el ser humano contemporáneo es un desastre, ni tampoco todo él resplandece a las mil maravillas.

A la pregunta formulada en el resumen inicial, sale a nuestro paso el comentario de un ecuatoriano, Guillermo Bustamante (1893-1974). En una conferencia del año 1946, con el título “Por los caminos de la concordia”, hace mención al carácter contradictorio del desarrollo humano:

De un extremo a otro de la tierra se difunde la civilización. A donde llegan los rayos del sol, allá va la cultura [...]. La sabiduría, en horas de infatigable investigación, abre nuevos horizontes a la ciencia y descubre maravillas en el campo experimental [...]. Pero, en un paralelismo que asombra, los inventos se multiplican en forma inusitada, ya para bien, ya para daño de la humanidad. Si por un lado se descubre la penicilina, por otro lado se inventa la bomba atómica (Bustamante *et al.*, s.f.: 411).

Este exabrupto humano nos pone en guardia no con la ciencia en sí, sino con el uso que el hombre hace de ella, así como cuando la utiliza prescindiendo o menospreciando las disciplinas de corte humanístico. En el discurso que dio Martha C. Nussbaum, pensadora estadounidense, galardonada con el Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales 2012, manifestó al término del mismo: “no me parece demasiado atrevi-

do afirmar que el florecimiento humano requiere el florecimiento de las disciplinas de humanidades” (Nussbaum, 2012: 75).¹

Ambos textos advierten del peligro de apostar por un cientifismo a ultranza, lo cual conllevaría a medir el desarrollo humano desde parámetros de carácter material, productivo y económico. No cabe duda de que el ser humano ha mostrado capacidad y, en muchos casos, ingenio, en la búsqueda del bienestar social. Un ejemplo lo tenemos en un país asiático: Singapur. El diario *El Comercio* recogía, en noviembre de 2012, la noticia de este país tropical que ha alcanzado un avance notable, gracias a su capacidad de planificación. Ha conseguido reciclar casi la totalidad de las aguas usadas (negras, servidas o sucias). “Poco importa lo fuerte que llueva: el líquido que cae a los techos y a las calles pasa a un sistema de drenaje y canales de 7.000 km que se extiende por casi todo este pequeño país y termina en 17 reservorios. El eficiente uso del agua en esta ciudad sin acuíferos, es un ejemplo más de cómo las necesidades de esta nación asiática la ha llevado a tomar decisiones de avanzada” (Fonseca, 2012: 85). Esto, en lo que concierne al desarrollo humano por la tecnología.

En lo que tiene que ver con la dimensión humana en cuanto tal, Finlandia lidera el informe PISA (Program for International Student [Programa Internacional para la Evaluación de Estudiantes]), por su excelente nivel educativo, a partir del trípode familia, escuela y recursos socioculturales. “Los mejores docentes se sitúan en los primeros años de enseñanza, cuando se aprenden los fundamentos de todos los posteriores aprendizajes. Se considera que hacia los 7 años el alumno se encuentra en la fase más manejable y es cuando realiza algunas de las conexiones mentales fundamentales que lo estructurarán toda la vida” (Arrizabalaga, 2012: 42). Harri Sky, secretario de Estado de Educación de Finlandia desde 2006, resumía con una frase la importancia de este proceso: “la educación es la llave para el desarrollo de un país” (Arrizabalaga, 2012: 43). El desarrollo técnico y el desarrollo humano han de ir de la mano, precisamente para evitar que aquél, por el abuso de este, deshumanice, y más bien, este, por la influencia de aquél, camine hacia su desarrollo integral. Finlandia hace énfasis en la implicación de los padres de familia en la educación de sus hijos (socialización primaria), en coordinación con otras personas e instituciones (socialización secundaria). Está claro que el ser humano necesita de otros seres humanos en el proceso educativo, con el fin de ir forjando su identidad y compromiso en la vida. La falta de contacto humano es un *handicap* para que el individuo pueda desarrollar sus capacidades elementales, inherentes a su condición.²

Una película de hace unas décadas, inspirada en un hecho real, trata, entre otras cosas, el tema de la educación. Me refiero a la película francesa *El pequeño salvaje* (1969), dirigida por Francois Truffout. Narra

el proceso educativo de un niño que creció en el bosque, al margen del ambiente humano. La historia real nos sitúa a principios del siglo XIX. Es admirable la intuición y el parecer de Jean Hard, que se hizo cargo de la formación de Víctor de Avergon, el niño salvaje de 11 años de edad. Para Hard, Víctor era un niño normal y no un disminuido psíquico, que no pudo desarrollar su inteligencia debido a la falta de contacto con los seres humanos. Pese a su disponibilidad y esfuerzos, no logró que Víctor hablara ni que se comportara de una forma adecuada. Este “fracaso” escolar, por así decirlo, no resta significado sino, al contrario, acentúa el papel de los seres humanos en la educación de otros seres humanos o, si se prefiere, el trato, la convivencia y comunicación entre seres humanos. Afirma el célebre filósofo español, José Ortega y Gasset: “imaginad al hombre caído al nacer en un absoluto aislamiento: cortadle toda comunicación con el resto de los hombres; no llegará nunca a proyectar su vida interior hacia fuera en el cristal de la palabra [...]. El individuo aislado no puede ser hombre, el individuo humano, separado de la sociedad –ha dicho Natorp– no existe, es una abstracción” (Ortega y Gasset, 1957 [1910]: 512-513).

De lo anterior es posible destacar algunos elementos a tener en cuenta, con respecto al papel de la pedagogía en la perfección humana. Un papel delicado y exigente a la vez, en cuanto que tiene que propiciar el “diálogo antropológico” entre la dimensión biológica y la cultural en el ser humano, porque “es tan *natural* para el hombre la dimensión *biológica invariable*, como la *cultura*, que es *históricamente cambiante*. Los planos de lo que la biología ha dado al hombre y lo que el hombre ha hecho consigo mismo no pueden disociarse, porque para el ser humano es tan necesaria la instancia del proceso biológico como la variabilidad de los modos de organizar su vida” (García y García, 2012: 36-37). Los elementos que estructuran el presente artículo y a los que me referí en el resumen son los siguientes: persona humana; proceso de socialización; familia y sociedad; proyecto-historia; educación.

Adagio

Persona humana

En principio, todo ser humano es un regalo del Cielo en la Tierra. En principio, a veces no parece serlo, debido no a su naturaleza intrínseca, sino a su conducta, a lo que ha decidido hacer con la vida que se le ha dado. La persona humana es, en sí misma, un valor absoluto; es tierra sagrada a la que hemos de acercarnos con respeto y bondad. Cuando nace

un niño, sabemos que es persona, pero no adivinamos a vislumbrar qué será de su vida y qué hará en la vida.³ Persona humana: misterio y contradicción. En su obra autobiográfica San Agustín se pregunta: “¿Tú quién eres?”, y responde: “un hombre”. Añade: “he aquí, pues, que tengo en mí prestos un cuerpo y un alma; el uno interior, el otro exterior” (Agustín, 1946 [398-400]: 717). El sabio obispo de Hipona destaca dos dimensiones en el ser humano (a partir de él se pone en marcha un honesto y vigoroso esfuerzo [de siglos] por superar el dualismo antropológico heredado de la filosofía griega): interior y exterior, que forman parte de una misma y única realidad: la persona. Por su parte, Ortega y Gasset puntualiza que “el problema de la pedagogía no es educar al hombre exterior, al *anthropos*, sino al hombre interior, al hombre que piensa, siente y quiere” (Ortega y Gasset, 1957: 512). En este sentido, Saavedra manifiesta “que es urgente y necesario recuperar en la cultura posmoderna el carácter integral y unitario de la persona si no queremos ocasionar un caos social mayor al que pretendemos superar” (Saavedra, 2006: 36).⁴

Las constantes antropológicas recogen las características constitutivas del ser humano (autoconciencia, alteridad, libertad, historia, apertura a la “absoluta trascendencia”), haciendo del mismo “alguien” y no “algo”. Viktor E. Frankl, refiriéndose a su experiencia de prisionero en la Segunda Guerra Mundial, comenta:

En el campo de concentración la persona se convirtió en cosa. Pero el ser humano puede convertirse en cosa por múltiples vías [...]. La huida y el miedo a la responsabilidad se apoderan del individuo. Ese individuo está muy lejos de hacer lo que persigue el análisis existencial: responsabilizarse con su existencia. El análisis existencial, en efecto, llama al hombre a la responsabilidad y a la libertad; habla al hombre libre y responsable. Se centra en el sentido del sufrimiento, en la dignidad del hombre, en la conciencia de responsabilidad (Frankl, 1994 [1950]: 216).

El ser humano, norma de la moralidad y centro de los valores morales, tiene la grave e insoslayable tarea de “construir su existencia”. No es un adorno navideño colocado en el árbol de la vida, sino un ser llamado a la perfección y no, por el contrario, a convertirse en la extravagancia de su especie y de la naturaleza con una existencia volátil, anodina y esperpéntica, donde el sujeto se valora a sí mismo como un objeto. “Un ser humano hedonista, permisivo, consumista y centrado en el relativismo tiene mal pronóstico. Padece una especie de ‘melancolía’ *new look*: acordeón de experiencias apáticas. Vive rebajado a nivel de objeto, manipulado, dirigido y tiranizado por estímulos deslumbrantes, pero que no acaban de llenarlo, de hacerlo más feliz” (Rojas, 2005: 25).

El ser humano no está en el mundo para reducirse en algo contrario a su propia dignidad. No es una máquina, ni un muñeco, ni un androide, ni un animal sofisticado (de última generación). El ser humano es frágil, pero dicha fragilidad es su fortaleza con la que puede emprender la apasionante aventura de crecer humana y espiritualmente.⁵

Con la “persona humana” tiene que habérselas el educador,⁶ no trata con una cosa, sino con una persona. Por vía indirecta, la técnica aplicada en Singapur en el manejo de aguas y basura, está al servicio del ser humano y no, por el contrario, el ser humano al servicio de la técnica, lo cual sería una aberración, puesto que conllevaría alimentar al gusano de la deshumanización. Saavedra advierte del tránsito de las “tecnologías de la necesidades” a las “tecnologías de los deseos”. Explica: “el entusiasmo por el progreso del hombre moderno en cuanto lograba superar enfermedades, limitaciones materiales de la vida, se ha desvanecido al no lograr alcanzar “mayor felicidad humana”, al contrario el siglo XX ha sido escenario de grandes fracasos humanos: dos guerras mundiales, el dilatarse del hambre y de la miseria, la prolongación del aborto, son muestras de una terrible inhumanidad” (Saavedra, 2006: 147). ¿A qué puede deberse este “extravío de la razón instrumental” (racionalidad de los medios)? ¿Por qué lo técnico “atrae” y, en cambio, lo humano “retrae”? ¿No tendrá algo que ver la educación que se practica, el grado de “apego a lo técnico” que se tenga y el método que se utilice? Como reconoce el educador salesiano antes citado, “no olvidemos que, el ‘proceso de deshumanización’, del cual se habla en los distintos campos de la actividad humana actual: política, economía, las leyes (en el sentido de *lex* = ley, pero no en el sentido de lo *ius* = justo) y hasta de la misma educación tiene sus raíces en una educación que no se orienta decididamente ‘a lo humano’ que tiene el hombre” (Saavedra, 2006: 167).

La persona humana es unidad, proporción, dinamismo y tensión moderada. El arco como arma comprende dos extremos que sujetan una cuerda o bordón, de modo que forma una curva. Pues bien, la tensión en el ser humano comprende los extremos “real” e “ideal”, lo que es en este momento y lo que está llamado a ser en un futuro a corto o a largo plazo. Para Viktor Frankl “todo ser humano es una absoluta novedad” (Frankl, 1994: 142). Novedad-singularidad en el plano del ser y novedad-laboriosidad en el plano del obrar. Es un ser “en camino”, que busca la felicidad, que anhela ser feliz, y que lo será en la medida en que recorra el sendero de la perfección humana. Es cierto aquello de que “la felicidad no se da en el superhombre, sino en el hombre verdadero” (Rojas, 2005: 148).



Proceso de socialización: familia y sociedad

Ocurrió a finales de la década de los 90 del siglo XX. Una adolescente, hija única, decidió poner fin a su vida, se suicidó. El motivo: lo tenía todo, a nivel material, pero echaba de menos aquello que sostiene y da sentido a la vida: el cariño y la cercanía de sus padres. Ellos creían cumplir con su deber, proveyendo a su hija, según la jerarquía de necesidades humanas de Maslow, de seguridad y protección. Ser padre de familia entraña deberes, por supuesto, pero es, ante todo, una “vocación”. Recuerdo el comentario de una señora de la parroquia, sencillo y, a la vez, intuitivo, inspirándose en su condición de esposa y madre. Según Alicia, así se llama, antes los hijos eran recibidos por alguien (especialmente, por la madre), al regresar a sus casas. Ahora, muchos de ellos, cuando llegan a casa no son recibidos por nadie, salvo por la mascota de turno (el perro o el gato). Imaginemos la escena: un niño o un adolescente, sobre todo si es hijo único, llega a su casa, y siguiendo las instrucciones de sus padres, se prepara la comida y, a continuación, come solo. Posiblemente, para superar la “soledad impuesta”, enciende el televisor o la radio, para ver o escuchar a seres humanos. No es de extrañar el hecho de que muchos estudiantes sufran trastornos psicológicos y su rendimiento escolar sea insuficiente y versátil. La adolescente que se suicidó no soportó más la vida que llevaba donde, durante la semana, apenas veía a sus padres (¡ocupados, según ellos, del bienestar de su hija!). La relación era virtual, artificial y puntual (por teléfono, fax o notas escritas). En Finlandia, como vimos anteriormente, los padres de familia son conscientes de ser los primeros educadores de sus hijos. Trabajan pero, a su vez, dedican tiempo a “estar en casa” y a “convivir con sus hijos”; a “salir con ellos” y participar del ocio sano y creativo. ¡La persona humana necesita de otras personas humanas para ser feliz y avanzar, gradual pero sustancialmente, en la perfección humana! El proceso de socialización en el ser humano es una actividad concomitante a su naturaleza, porque “toda persona, todo ser humano es esencialmente el término de una relación. El hombre es un ser relacional. Lo mismo ocurre con lo social” (Neira *et al.*, 1989: 197). En este sentido, el ideal de perfección no se alcanza de inmediato y en solitario, sino poco a poco y socialmente. Entendemos la socialización “como el proceso por cuyo medio la persona humana aprende e interioriza, en el transcurso de su vida, los elementos socioculturales de su medio ambiente, los integra a la estructura de su personalidad, bajo la influencia de experiencias y de agentes sociales significativos, y se adapta así al entorno social en cuyo seno debe vivir” (Rocher, 1973: 133-134).⁷

Una manera de comprender en el presente la conducta de alguien es conociendo su pasado, la realidad familiar, social y cultural que ha vi-

vido. La persona humana, “tierra sagrada”, exterioriza su mundo interior, en el que converge toda una suerte de factores, como los minerales y microorganismo que guarda en su seno la tierra. “El ser humano en proceso de desarrollo se interrelaciona no solo con un ambiente natural determinado, sino también con un orden cultural y social específico mediatizado para él por los otros significantes a cuyo cargo se halla” (Berger y Luckmann, 1984: 68).

El hogar familiar es un espacio importante, legítimo y crucial para la educación de los hijos debido a que, en el mismo, el niño tiene que aprender a ser persona y a convivir. “La socialización primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez; por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad” (Berger y Luckmann, 1984: 166). El hogar marchará (más que “funcionará”, de connotación mecanicista), en la medida en que responda a las exigencias propias de la familia: ser taller de humanización y escuela de socialización.

La familia es uno de los espacios educativos más genuinos y relevantes ya que los primeros años de vida son decisivos en la fragua de la personalidad. En su seno se desarrolla la socialización primaria y por tanto los aprendizajes básicos más importantes, que constituyen el trampolín para continuar adecuadamente la formación de la persona. Aprender a hablar, a distinguir lo que está bien de lo que está mal, aprender a jugar, a tratarse a uno mismo y al resto de los miembros de la familia, asumir unos valores, aprender a comportarse en público, etc., son algunos de los muchos aprendizajes que se adquieren en el seno de la familia (García y García, 2012: 67).

Ahora bien, a su debido tiempo, el niño necesita el acompañamiento de otros agentes educativos que, bajo ningún concepto, vienen a “reemplazar” a los padres, a suprimir la función educadora de la familia, sino, más bien, a colaborar con ellos, aportando aquellas competencias profesionales que, en la mayoría de los casos, carecen. Por otra parte, el niño se adentra en la compleja, múltiple y variable realidad social con la socialización secundaria, que viene a significar “cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad” (Berger y Luckmann, 1984: 166).

La convivencia y comunicación que el niño practica en el hogar se extiende también al mundo, en los diferentes contextos que participe, uno de los cuales es el centro educativo al que acude y en el que aprende a ser, comprender la realidad (naturaleza y sociedad) y responder a la misma de manera decidida, responsable y peculiar.

La asimilación educativa, sin embargo, termina siendo inversa a la de la socialización. No se asimila e interioriza para la uniformidad y repetición. Antes bien, el resultado debe ser la superación y corrección,

tanto personal como social. Este es el verdadero fin de la educación en cuanto perfeccionamiento humano. Cada uno de los sujetos educativos debe ser capaz de emitir juicios nuevos y más valiosos científica y culturalmente, y debe ser capaz de decisiones cada vez más correctas. El mérito de un profesor se mide por los alumnos que le superan. La calidad de un sistema educativo se establece por las personas creadoras, innovadoras, que consigue, no por las imitaciones, repeticiones y reproducciones que provoca (Neira *et al.*, 1989: 220).

Se trata de ayudar al niño a tomar conciencia de que vivir es convivir y que la convivencia es cauce de realización humana, que dota de sentido al hecho de vivir con responsabilidad, participando activamente no solo en su proceso formativo, sino en la construcción de un mundo mejor. No puedo existir en la vida cotidiana sin interactuar y comunicarme continuamente con otros. Sé que mi actitud natural para con este mundo corresponde a la actitud natural de otros, que también ellos aceptan las objetivaciones por las cuales este mundo se ordena, que también ellos organizan este mundo *hic et nunc* y se proponen actuar en él. También sé, por supuesto, que los otros tienen de este mundo común una perspectiva que no es idéntica a la mía. Mi “aquí” es su “allí”. Mi “ahora” no se superpone del todo con el de ellos. Mis proyectos difieren y hasta pueden entrar en conflicto con los de ellos. A pesar de eso, sé que vivo con ellos en un mundo que nos es común (Berger y Luckmann, 1984: 40-41).⁸

La persona humana se familiariza con “los otros”, primero en el hogar familiar y después en el entorno social del que forma parte. La socialización comprende tres momentos de un proceso dialéctico señalados por Berger y Luckmann (1984): externalización → objetivación → internalización. El “sentido de pertenencia” vivido en el núcleo familiar dispone a la persona para asumir el sentido de pertenencia en la sociedad. La falta del sentido de pertenencia hace de ella un ser encerrado en sí mismo, solitario, adusto que, a modo de tortuga, saca la cabeza de su caparazón en casos determinados para satisfacer sus exclusivas aspiraciones personales. Sin embargo:

El ser humano no se concibe dentro de una esfera cerrada de interioridad estática; continuamente tiene que externalizarse en actividad. Esta necesidad antropológica se funda en el equipo biológico del hombre. La inestabilidad inherente al organismo humano exige como imperativo que el hombre mismo proporcione un contorno estable a su comportamiento; él mismo debe especializar y dirigir sus impulsos (Berger y Luckmann, 1984: 73-74).⁹

En la actualidad se observa una tendencia generalizada (en niños, jóvenes y adultos) al uso exagerado del Internet o la telefonía móvil; al

trato “virtual” con conocidos o extraños en detrimento del trato “real” con los familiares y demás personas. La desmembración familiar tiene como raíz la falta de comunicación entre sus miembros. Lo mismo cabe decir de la sociedad. Un sujeto puede estar a medio metro de su interlocutor y, sin embargo, sentirse a miles de kilómetros de él, al percatarse de que está en otra onda, concentrado en su celular, sumergido en la música (con los auriculares puestos), navegando en Internet o, sencillamente, viendo un programa de televisión. Los “artilugios técnicos”, en este caso, son una barrera para el encuentro humano. ¿No habría que decir, más bien, que la barrera es el ser humano cuando depende del objeto? ¿Refugio o subterfugio?¹⁰ Conviene tener en cuenta lo siguiente: la dimensión social está al servicio del hombre y, por ende, tiene que fomentar y amparar la perfección humana. “Esta interdependencia entre el individuo y la sociedad es la misma que presentó Aristóteles al concebir al hombre como un animal social, no como simplemente sociable, no como altruista, ni como alguien cuya naturaleza le impulsa originariamente a la sociedad, sino como un ser que no llegará a serlo completamente nunca sin la dimensión social” (Neira *et al.*, 1989: 198). La salud de la vida familiar garantiza la salud de la sociedad. Es cuestión de que ambas realidades mantengan una relación armónica, constructiva y fructífera en el orden del ser. En este sentido, la pedagogía, como veremos después, constituye un instrumento significativo en el desenvolvimiento de dicha relación. Para Saavedra, “ha sonado la hora de considerar la educación no solo como el perfeccionamiento de todo hombre y de todo el hombre, sino también como el perfeccionamiento participativo de toda la sociedad y de toda sociedad” (Saavedra, 2006: 97).

Proyecto-historia

Seguimos nuestra andadura sin perder de vista el norte. A estas alturas conviene recordarlo: pedagogía y perfección humana. El ser humano, como sabemos (más por experiencia propia que por investigación especulativa), no nace “hecho”, “acabado”, desde el punto de vista de su totalidad en el ser. Siguiendo a Gastaldi, “la vida del hombre no viene hecha, sino que se va haciendo; es “programática”, “proyectiva”. Se presenta como una tarea, una vocación” (Gastaldi, 1990: 158). Por la concepción y durante la gestación se pone en marcha un proceso constante de madurez que no se detiene con el nacimiento, sino que continúa después del mismo. Así pues, tanto en la vida intrauterina como la vida en el mundo el ser humano es “proyecto”, esto es, un ser “lanzado” a construir su existencia aquí y ahora.¹¹ A diferencia de los seres vivos irracionales (vegetales y animales no humanos) “los seres humanos solo somos viables en un

ámbito cultural, y privados de él no podemos desarrollarnos en cuanto humanos. Nuestra ‘precariedad’ biológica está compensada por las posibilidades que nos brindan las facultades superiores –la inteligencia y la voluntad– que hacen posible la aparición de la cultura” (García y García, 2012: 36).

Lo biológico y lo cultural en el hombre no son aspectos confrontados, antagonicos, discordantes, sino forman parte de una misma y única realidad: la persona humana. Acentuar en demasía uno de los aspectos es impedir el justo derecho a la autorrealización. Por supuesto, como vimos en el apartado anterior, dicha autorrealización no se lleva a cabo en solitario, por autosuficiencia malsana, sino con el concurso de los demás, en diálogo con los otros, conviviendo con ellos.¹² Con la “alteridad”, otra constante antropológica es la historia. Vamos a detenernos en ambas, teniendo en cuenta que no son categorías yuxtapuestas sino correlativas.

Historia

Ignorar la historia es tanto como arrancar de cuajo la matriz cultural en la que el ser humano desarrolla su existencia. A decir verdad, “somos seres históricos, capaces de realización. La persona no es algo ya hecho, sino una posibilidad de realización. Y esto se debe a su historicidad” (Gastaldi, 1990: 153). La historia tiene que ver con acciones y con decisiones humanas reflejadas en el universo cultural y científico, económico y político, religioso y social de cada época; así como con las respuestas a las necesidades, planes y retos que, como signos de los tiempos, emergieron con vehemencia y urgencia. Algo parecido, *mutatis mutandi*, podemos decir de la historia personal o de la biografía de cada persona, de su trayectoria existencial.

¿No es la historia, en el fondo, la representación dinámica, plural, de contraste y tensional de lo que el ser humano aspira a ser? ¿Será, acaso, la historia, mosaico de pueblos, polifonía de acontecimientos, haz multicolor de ideas y creencias, ecosistema de expresiones culturales, el esfuerzo humano, con sus luces y sombras, de superación personal y colectiva?

Lo que el hombre busca realmente o, al menos, originariamente, es el cumplimiento del sentido y la realización de valores, en una palabra, su plenitud existencial (pues de existencial puede calificarse, a nuestro juicio, lo relacionado con la existencia humana y con el sentido de esta existencia). Lo contrario de la plenitud existencial sería el vacío existencial (Frankl, 1994: 29).

La historia “en grande” o, si lo prefieren, “en pequeño”, lo que Unamuno llamaba la “intrahistoria”,¹³ tiene que ver con la perfección del ser humano. Toda acción humana, producto de una decisión-opción que se inspira en un plan o proyecto, tiene un contenido, una dirección y una repercusión eminentemente históricos. Ninguna acción humana, por insignificante que sea, desaparece en el agujero negro de la quimera o el sinsentido. Es una acción que interviene en el proceso de perfección de la persona. A juicio de Gastaldi, “siendo el hombre un ser histórico, un ser que va ejerciendo su libertad a lo largo del tiempo y construyendo así, en cierta medida, su futuro, se le abre a la persona la posibilidad de *auto-realización*. El hombre, ser-en-el-tiempo, no se realiza de golpe, en forma instantánea e irrevocable: se dan en él rectificaciones, arrepentimientos, conversiones” (Gastaldi, 1990: 157).

62



Alteridad

El hombre es un ser histórico abierto al mundo y, en concreto, a los demás. La historia del niño salvaje que creció en un entorno natural sin referencia al ser humano (ni a lo humano), subraya la necesidad existencial de la persona de convivir “entre personas”. Por una razón básica, porque “la autorrealización existencial no puede efectuarse sin los demás. Es preciso lanzar puentes de una existencia a otra. La existencia, cuando se realiza, va más allá de sí misma” (Frankl, 1994: 141). La sabiduría popular declara que “más vale ir solo que mal acompañado”. Es una advertencia a las “malas compañías”, que interfieren en el proceso de madurez humana, lo cual, no quiere decir que suspendamos la vida en relación. El contacto con los demás entraña siempre el riesgo de que el otro o los otros, movidos por sórdidos intereses y deseos, atenten contra la integridad personal o, con sus ideas y aficiones, confundan o desorienten con respecto al modo de ser y obrar en el mundo. Determinadas modas culturales, así como la publicidad audiovisual con sus imágenes y mensajes subliminales, socavan los valores y principios morales elementales para la convivencia y para llevar una vida humana decente y auténtica. El ámbito cultural no debería frenar, entorpecer o atacar la autorrealización, sino favorecerla, consolidarla y potenciarla.

Ser un humano presupone, poseer un tipo de organismo (aquel que es propio de la especie *homo sapiens sapiens*), pero para ser “plenamente humano” es necesario un proceso de aculturación –interiorización de la cultura–, pues no podemos vivir al margen de un ámbito cultural. Y para realizarse como “uno mismo” se requiere, además, haber podido tomar decisiones libres de acuerdo con el proyecto existencial que cada uno se ha trazado para sí mismo (García y García, 2012: 40-41).

Lo que está en juego no es la alteridad en sí, sino la forma de ejercitar la alteridad, los factores internos de dicha práctica, en cualquier contexto en el que la persona se mueva: del más íntimo (la familia) a los abiertos y espontáneos (vecindad, amistades, compañeros de estudio o de trabajo), a otros más formales y complejos (entidades financieras, instituciones diversas, departamento legal, comercio, etc.). En la década de los años setenta del siglo XX, Jürgen Moltmann, teólogo protestante alemán, denunciaba los peligros a los que se expone el hombre cuando acoge, impulsiva y obstinadamente, los adelantos técnicos, obras de sus manos, sin un claro discernimiento moral. Habla de desencanto, de la prepotencia humana y de la esperanza en una sociedad liberada de la dependencia ciega de los avances técnicos y económicos (Moltmann, 1976: 53). ¿No se tiene la percepción de que el mundo sigue “enganchado” (dependencia ciega) a la técnica? ¿No es acaso nuestro mundo, un mundo fragmentado (pese al fenómeno de la globalización), un “cacharro roto” (expresión que aplica la Hermana Glenda al ser humano en su canción *Tú mi alfarero*)? En “El misterio del ser” (1951), Gabriel Marcel hace mención a un personaje literario de su conocida obra de teatro *El mundo quebrado* (1933). En el acto primero, escena IV, una mujer del mundo elegante, Chritiane, exclama:

¿No tienes a veces la impresión de que vivimos... si a esto se puede llamar vida... en un mundo roto? Sí, roto, como un reloj roto. El mecanismo ya no funciona. Por fuera nada ha cambiado. Todo está en su lugar. Pero si te llevas el reloj al oído, no se oye nada; ¿entiendes?, el mundo, eso que llamamos el mundo de los seres humanos... en otro tiempo debió tener corazón, pero pareciera que ese corazón ha dejado de latir (Marcel, 2002: 30).¹⁴

No se trata de que el mundo nos triture con sus fauces tecnológico-científicas, sino que el hombre sea hombre, esto es, camine en el ser para que viva conforme a su propia naturaleza. No es cosa, sino persona. Persona de bien, auténtica, veraz y honrada. En mi modesto parecer, la sociedad actual presenta un déficit de personas íntegras. Las hay, en verdad, pero no son suficientes para que la familia, la sociedad, el mundo, irradian los rasgos más nobles de nuestra frágil y palpitante humanidad.

En la dinámica de forjar nuestro desarrollo personal (con los demás), hace falta disponibilidad y voluntad de poner manos a la obra. Afirma Rojas que la “*la vida tiene dos vectores esenciales: personalidad y proyecto*, cuya base es biológica, la realidad corporal” (Rojas, 2005: 115). El ser humano necesita soñar despierto, no para huir de la realidad sino, más bien, para que la realidad (impregnada de historia) sea la “materia prima” con la que concebir sus sueños. Los reyes magos no llegaron a

tocar la estrella que los guiaba, pero, gracias a su constancia, esperanza y fidelidad, crecieron como personas y sus vidas cambiaron ostensiblemente al encontrarse con el Salvador (Mateo, 2: 11). “*No se puede vivir sin ilusiones*. Ya para que estas salgan es necesario tener un afán de superación permanente. Ahí está la esencia de muchas vidas ejemplares. *Siempre fuertes, a pesar de la adversidad*. Esa es, para mí, la mejor fórmula para llegar a ser uno mismo” (Rojas, 2005: 130). ¿Por qué en muchas personas (niños, jóvenes, adultos y ancianos) hay una mirada cansina, un deje de tristeza, un amago de angustia? ¿Por qué los hay taciturnos, huraños, amargados? ¿Por qué muchos se refugian en el ruido de la ciudad, en el alcohol, las drogas, el frenesí de una vida desbocada emocional y sensualmente? La pérdida del sentido de su propio existir, el vértigo por el futuro, la angustia en el presente y las heridas abiertas del pasado, hacen de la persona una caricatura de lo humano donde lo que prima es la dejadez, la apatía, el cansancio y la reclusión a los recovecos de la subjetividad pasiva, inerte y etérea. “Tenemos así un hombre *demasiado vulnerable* en el que existe un cansancio por vivir, no como consecuencia de un agotamiento real por hacer muchas tareas, sino por falta de una proyección personal coherente y atractiva que tenga la suficiente garra como para arrastrarle hacia el futuro” (Rojas, 2005: 91-92).¹⁵

El ser humano sin proyecto (dinamismo consustancial a su naturaleza) es un ser humano que, o bien ignora la historia, o bien no se siente parte de la historia, o sencillamente no vive activa y responsablemente la historia y su propia historia personal. Programar la vida, de eso se trata, sin llegar a la rigidez metódica que asfixie la espontaneidad y la sana improvisación en determinadas situaciones. Rojas asevera con razón que “*la vida no se improvisa, sino que se programa*. Esto comporta, pues, un planteamiento propio, una filosofía de vida. Son nuestros proyectos sustentados por nuestras ideas y creencias” (Rojas, 2005: 139).

No cabe duda de que la pedagogía tiene la capacidad y el deber moral de contribuir al desarrollo de la persona humana, para que construya su existencia con los demás desde la responsabilidad, el entusiasmo, la perseverancia y la creatividad.

Educación: tejer el futuro (perfección humana) en el presente (existencia en camino)

La historia de los tres canteros ilustra el sentido y alcance de la educación. En una ocasión, un hombre fue a ver las obras de construcción de una catedral. Se encontró con tres canteros preparando la piedra para construir el templo. A los tres, por separado, les formuló la misma pregunta (qué es lo que estaba haciendo), y recibió de ellos tres respuestas

diferentes. Los dos primeros, respondieron molestos y de mala gana: uno, quejándose de las condiciones del trabajo; otro, resignando, que estaba allí para sacar adelante a su familia. En cambio, el tercero contestó con satisfacción y amabilidad que estaba construyendo una catedral. Los dos primeros se fijaban en ellos mismos. El tercero, empero, miraba más allá de sí mismo, con claridad, el proyecto de construcción en el que, sintiéndose parte del mismo, colaboraba con ahínco. ¿Qué clase de “cantero” es el educador? Si no tiene claro su identidad y misión, realizará el trabajo a regañadientes o por acomodación. Se trata de saber estar, saber actuar y saber acompañar al estudiante en el proceso educativo.

La práctica de la enseñanza está al servicio de la persona y, por consiguiente, de la perfección humana. Es lo que se desprende de la definición que da Savater de la educación: “educar es *crear* en la *perfectibilidad* humana, en la *capacidad* innata de aprender y en el *deseo* de saber que la anima, en que hay cosas (símbolos, técnicas, valores, memorias, hechos) que pueden ser sabidos y *merecen serlo*, en que los hombres podemos *mejorarnos* unos a otros por medio del conocimiento” (Savater, 2004: 18 en García y García, 2012: 51).

El arte de educar/enseñar debe suscitar el gusto por aprender y el deseo de comprender el mundo, la historia humana y la sociedad, para participar con empeño en dicho escenario, sabiendo que así estaremos forjando no solo nuestra realización personal, sino una familia y sociedad más humanas y fraternas. Para este fin, la pedagogía tiene que configurar su presencia y servicio a partir de lo que voy a denominar el “pentagrama sinfónico *homo viator*”.

Pentagrama

El pentagrama es la pauta de cinco líneas para la escritura de la música que se estableció en el siglo XV. A pesar de su origen antiguo, continúa siendo referente inmediato para la composición de nuevas melodías, a través de sus cinco líneas. La pedagogía como tal es una disciplina con un pasado remoto que avanza constantemente, en función de las necesidades y exigencias de cada época. Hay elementos en ella que, como las líneas del pentagrama, son fundamentales para que en su actividad suene la melodía de la perfección humana.

1. Medio: “el fin de la educación es, de esta suerte, un medio para la perfección operativa humana” (Millán, 1963: 75).
2. Educar para la vida: “el objetivo primario, si no único, de la pedagogía clásica es, sin duda, la adquisición del saber [...]. Las nuevas necesidades sociales y los fines éticos universales de la educación se conjugan para inducir a tomar como objetivo las

actitudes y las aptitudes, en vez del saber ya constituido” (Le-grand *et al.*, 1975: 246).

3. Formación integral: “la misión del educador es educar. Es decir, ayudar al crecimiento global/integral de la persona conforme a unos valores a y un sentido de la vida” (Rueda *et al.*, 2011: 715).
4. Personalización: “la educación, como proceso de personalización, permite al hombre realizarse, de un modo singularizado en el doble sentido individual y social” (Medina *et al.*: 19)
5. Sentido de pertenencia: “crear las condiciones adecuadas para que cada persona se sepa situar y ubicar en el contexto del mundo. En términos actuales, podríamos afirmar que se trata de crear una “ecología educativa adecuada” para que cada uno pueda desarrollar sus propias cualidades, corregir defectos y enrumbrar comportamientos” (Saavedra, 2006: 48).

66



Son cinco elementos, no son los únicos, pero sí los que muestran que el binomio pedagogía-perfección humana no es artificial ni forzado, sino natural y voluntario. ¿Qué sería de la sociedad donde la educación no constituyera una de sus prioridades? ¿Qué pasa cuando un país invierte más en la seguridad nacional (armamento) en detrimento de la integridad humana (educación)? El presidente Mújica pide a los intelectuales de Uruguay: “por favor, vayan y contagien. ¡No perdonen a nadie! Necesitamos un tipo de cultura que se propague en el aire, entre en los hogares, se cuele en las cocinas y esté hasta en el cuarto de baño. Cuando se consigue eso, se ganó el partido casi para siempre. Porque se quiebra la ignorancia esencial que hace débiles a muchos, una generación tras otra” (Mújica, 2009). Para este líder uruguayo de 76 años de edad, exguerrillero y fundador del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros, que destina cerca del 90% de su sueldo a proyectos de ayuda, la educación es el camino: “y amigos, el puente entre este hoy y ese mañana que queremos tiene un nombre y se llama educación. Y miren que es un puente largo y difícil de cruzar. Porque una cosa es la retórica de la educación y otra cosa es que nos decidamos a hacer los sacrificios que implica lanzar un gran esfuerzo educativo y sostenerlo en el tiempo” (Mújica, 2009).¹⁶

Sinfónico

Cuando un profano en música ve una partitura, no acierta a entender su lenguaje, ni mucho menos a interpretarlo. No puede porque no sabe. La ignorancia le lleva, tal vez, a la osadía de menospreciar el texto. Ahora bien, cuando escucha a la orquesta tocar la composición musical

en la partitura, al compás de la batuta de su director, es posible que llegue a apreciar la música y a reconocer que consiste en la armonía de las diferentes notas musicales, registradas en el pentagrama. La vida viene a ser una partitura. Cada persona humana es algo así como una nota esencial en dicho pentagrama, una nota única y singular que no agota por sí sola la sinfonía, sino en comunión con las demás, a las que debe ver como personas y no como competidores.

Si actualmente el hombre perfecto no puede ser el sabio colocado en su torre de marfil o el santo perdido en su contemplación; si este hombre tiene que vivir su vida en medio de otros hombres a quienes no puede evitar o rehuir; y si la complejidad indiscutible de las relaciones interpersonales exige el hábito y el gusto de la cooperación y el acuerdo, entonces, una educación de nuestro tiempo debe abandonar la imagen del buen alumno solitario y competitivo, que prepara solo en sus libros la composición o el concurso (Legrand *et al.*, 1975: 225).

El mundo en el que vivimos nos presenta la vida, por activa y por pasiva, como si de una competición se tratara; de manera que cada uno se siente arrojado a la arena de una actualización vehemente, con el fin de no quedar rezagado y perder el ritmo acelerado que marca la sociedad. En determinados ambientes laborales, el compañerismo se torna difícil, soterrado, violento, superficial y diplomático. El afán de superación es para “tener más conocimiento”, “estar al día” y así no perder el tren del desarrollo técnico, y no para ser persona y trabajar con eficacia (profesionalidad) y honradez (calidad humana). En el contexto académico, sucede algo parecido. Competitividad entre colegios y entre alumnos, entre profesores y entre miembros del personal administrativo. Esta situación, no favorece la armonía, sino que la malogra, convirtiendo la convivencia en un tormento y el trabajo en equipo en una estridencia. Se confunde la perfección con la obsesión escrupulosa y temerosa de “cumplir con la tarea” no por convicción personal, por un acto de entrega generosa, de búsqueda del bienestar compartido, sino por recelo, mera formalidad e interés personal. La educación tiene que impedir a toda costa este tipo de encrucijada profesional. “A través de la educación se consigue que la gente se acepte y se quiera a sí misma tal como es y acepte y quiera a los demás tal como son. No queremos gente perfecta, sino gente madura, dueña y responsable de sus vidas y de quienes son. Esto generará una sociedad más tolerante, respetuosa, comprensiva y mejor” (Rueda *et al.* 2011: 714). No se espera de la educación que cincele futuros profesionales que engrandezcan el porvenir de la nación, sino personas con un elevado nivel de perfección humana, personas auténticamente humanas, con una conducta que se articula con la naturaleza propia de su condición humana. En este sentido, “la educación pretende que el hombre tenga todo lo

que, en tanto que hombre, debe poseer. [...] La perfección o plenitud de ser, término de la actividad educativa, no es un punto de llegada para el hombre, sino más bien un punto de partida, únicamente desde el cual nos es posible una conducta verdaderamente humana” (Millán, 1963: 63-64).

Pedagogía en el ser... sinfonía en el obrar. Y la sinfonía es expresión de sabiduría, sana tolerancia, acogida, disponibilidad para trabajar con los demás, serenidad interior y audacia exterior de ofrecer lo mejor de uno mismo, al servicio de la familia y de la sociedad. La sinfonía favorece el descentramiento del “yo” y el encuentro con el “tú”, con quien apostar (¡instaurar!) “algo nuevo”, un fruto de vida. Podemos escuchar una nota musical cualquiera, pero si la combinamos con otras diferentes, componemos la melodía.¹⁷ No está de más señalar tres retos que el educador ha de asumir en el ejercicio de su profesión:

68



1. Motivar a ser: “si no creemos que el hombre es aspiración, entonces achatamos la vida de manera ramplona, miope, corta” (Sánchez y Venegas, 2010: 80).
2. Contagiar esperanza: “el educador es una persona de esperanza, que confía en la libertad del educando más allá de los condicionamientos que amenazan su desarrollo como persona. Por eso, lo que educa, lo que acompaña, lo que ayuda al crecimiento, son las vidas, los modelos: lo que se ve. Lo que dura y persevera no es lo que se dice, sino lo que se hace. No es solo transmitir información, sino vivir y hacer” (Rueda *et al.*, 2011: 716).
3. Implicar al educando en el futuro, desde el presente, en diálogo con el pasado: “la educación tiene como proyecto, como programa, no que el niño y luego el adolescente convertido en hombre repita el pasado, o resuma lo mejor de sus expresiones, o recapitule las etapas esenciales de ellas; sino más bien, que este joven contemple su futuro de hombre, e incluso el futuro del hombre” (Delay *et al.*: 274). ¿La pedagogía es instrumento de humanización? Sí. “En la educación debiera darse la unidad entre un saber objetivo, acerca del mundo, y la realización personal que haga posible el desarrollo moral. Llegar a ser persona es lo propio de la educación” (Sánchez y Venegas, 2010: 77).¹⁸

Homo viator

Seré breve en la explicación del tercer elemento de la frase “pentagrama sinfónico *homo viator*”, que la pedagogía ha de tener en cuenta en el ejercicio de su competencia (presencia y servicio). *Homo viator* significa “hombre caminante”. El hombre siempre está en camino. Dicha locución

latina, por una parte, representa un constitutivo esencial, existencial y singular del ser humano; por otra, reconoce el carácter dinámico de la vida humana; finalmente, desde una consideración teológico-metafísica, atisba una meta final de plenitud, siendo así que la peregrinación en esta orilla (presente histórico) culminaría al llegar a la otra (futuro escatológico: la vida eterna). En este sentido, el caminar del hombre es en tres niveles:

1. Integral: madurez humana y espiritual
2. Existencial: estar y existir en el mundo y su relación con el mundo y con los demás
3. Trascendental: búsqueda de la verdad sobre las cuestiones fundamentales de la vida (el mal en el mundo, el sufrimiento y el dolor, la muerte, el más allá, la eternidad)

Se trata de caminar con ilusión, sentido y convicción, desde una mirada realista del hombre y de la historia, la cual, fomenta la sensatez, infunde esperanza y anima a la constancia. Caminar hacia una mayor perfección en el ser, el conocer, el obrar y el convivir, que constituyen los cuatro pilares del proceso de educación integral (Rueda *et al.*, 2011: 709).



Epílogo

Llegamos al término de la presente reflexión con este punto de partida para que, desde el “realismo práctico”, nos propongamos dar cauce a las palabras con el obrar y, de ese modo, superar esta paradoja histórica, si cabe la expresión, de desarrollo técnico y deshumanización.

Este artículo se circunscribe en un contexto académico y, en cierta manera, científico. Con todo, es posible una lectura creyente, en el que la fe, en diálogo con la razón instrumental, remite a Jesucristo, maestro de humanidad, por medio de un episodio bíblico sumamente significativo: el juicio civil a Jesús. El filósofo madrileño Ortega y Gasset lo refiere en la conferencia de 1910 que he citado en el presente artículo. Él se pregunta con razón: “¿por qué ha de ser patrimonio del púlpito aquel soberano instante?” (Ortega y Gasset, 1957: 510).

Detengámonos en ese “soberano instante” en el que Pilato hace salir a Jesús ante la muchedumbre, con la corona de espinas y el manto rojo, después de haber sido flagelado. El magistrado romano exclamó la frase lapidaria: “¡he aquí al hombre!” (Juan, 19: 5 [*Ecce homo*]). Una aseveración de notable hondura y magnífica trascendencia que, posiblemente, el mismo Pilato no se percató de su esencia. En aquel hombre torturado (el Mesías, el Salvador, el Hijo de Dios), con el cuerpo cubierto de heridas,

frente a personas (seres humanos) que gritaban “¡crucifícalo, crucifícalo!”, estaba la verdadera humanidad, ¡el Hijo del hombre! Una cosa es lo que se ve a primera vista (alguien con el cuerpo ensangrentado y el rostro deformado por los golpes) y otra lo que no se percibe de inmediato pero que está ahí, existe y, curiosamente, sostiene a lo que se ve: amor, integridad, paz, bondad, justicia, bien y verdad. Jesús es el camino que conduce a la nueva humanidad, aquella que no destruye a la persona sino que la salvaguarda, la completa, saca de ella lo mejor de sí misma y que procede de Dios.¹⁹ En una ocasión, Jesús le dijo a un joven rico: “si quieres ser perfecto... sígueme” (Mateo, 19: 21). El humanismo cristiano tiene su fundamento en Cristo: “mi vivir es Cristo” (Felipe, 1: 21), “no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gálatas, 2: 20) y, en este sentido, conduce a una vida genuinamente humana y fraterna.

70
S

“[Cristo, el hombre nuevo] manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. [...] El que es *imagen de Dios invisible*” (Gálatas, 1: 15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre.

El cristianismo es, en este sentido, una respuesta y una propuesta. Una respuesta a las situaciones hirientes que pululan en nuestro agitado mundo y que constituyen un atentado contra la dignidad del ser humano. Una propuesta de vida que encamina hacia la felicidad, el bien y la salvación de todo el hombre y de todos los hombres. La Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual tiene un comienzo entrañable y alentador: “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS 1).

A los cincuenta años de la apertura del Concilio Vaticano II por el papa Juan XXIII, en los documentos promulgados en dicho acontecimiento eclesial, se observa una visión cristiana en consonancia con la palabra de Dios, la tradición de los santos padres, de los progresos humanos y, a su vez, la necesidad de que los mismos traigan consigo la perfección del hombre y de la mujer. El Concilio reconoce la importancia de la educación en la vida del hombre y resalta el papel de la educación en el progreso de la sociedad.

Hay que ayudar, pues, a los niños y a los adolescentes, teniendo en cuenta el progreso de la psicología, de la pedagogía y de la didáctica, a desarrollar armónicamente sus condiciones físicas, morales e intelectuales, a fin de que adquieran gradualmente un sentido más perfecto de la responsabilidad en el recto y continuo desarrollo de la propia vida y en

la consecución de la verdadera libertad, superando los obstáculos con grandeza y constancia del alma (GE 1).

No hace mucho, cuando conducía por una amplia avenida de Guayaquil, alcancé a leer una frase estampada en la parte trasera de un taxi, que circulaba delante de mí: “no envidies mi progreso si no conoces mi sacrificio”. “Mi progreso” ¿Qué progreso? Seguramente, el material y el profesional. ¿Y el progreso interior, humano y espiritual? Me hubiera encantado haber conversado con el taxista, para que me ilustrara sobre la frase en cuestión que, pareciendo obvio su sentido, no así su contenido.

Pedagogía y perfección humana tienen que ver con la vida misma que todas las personas han de construir responsable y rectamente. El que soslaya admitir la responsabilidad de sí mismo, es freno y obstáculo en la perfección humana personal y en la de los demás. Afirma Anselm Grün, monje benedictino, “quien rehúye la responsabilidad de su propia vida tampoco está dispuesto a asumir la responsabilidad por los otros. En este sentido, la responsabilidad por mí mismo y por los otros van de la mano” (Grün, 2008: 118).

“¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?” (Salmos, 8: 5-7) pregunta el orante a Dios.²⁰ Jesucristo es la respuesta que da Dios. Una respuesta clara, cercana y sabia. La pedagogía tiene que entregarse de lleno a esta “vocación” al servicio de la sociedad, que consiste en cooperar en la perfección humana. Debe hacerlo, por qué no decirlo, con rigor y ternura, con la humanidad, en la humanidad y por la humanidad.

La tradición eterna es el fondo del ser del hombre mismo. El hombre, esto es lo que hemos de buscar en nuestra alma [...]. Porque lo original no es la mueca, ni el gesto, ni la *distinción*, ni lo *original*; lo verdaderamente original es lo originario: la humanidad en nosotros. ¡Gran locura la de querer despojarnos del fondo común a todos, de la masa idéntica sobre que se moldean las formas diferenciales, de lo que nos asemeja y une, de lo que hace que seamos *prójimos*, de la madre del amor, de la humanidad, en fin, del hombre, del verdadero hombre, legado de la especie! (Unamuno, 1966 [1895]: 794-795).

Notas

1 www.premiosprincipe.es

2 “La educación, bien como proceso de ayuda, ya como perfección de cada persona, ha de tener como coordinada necesaria el marco de la realidad social de la que aquella forma parte” (García Hoz *et al.*, 1989: 34).

3 Una frase célebre de William Shakespeare, en labios de un personaje de Hamlet, Ofelia, dice: “sabemos lo que somos, pero no sabemos lo que podemos ser” (acto

- IV, escena V). Según Ortega y Gasset, lo que hace del ser humano algo único en el universo es lo siguiente: “un ente cuyo ser consiste, no en lo que ya es, sino en lo que aún no es, un ser que consiste en aún no ser. Todo lo demás del universo consiste en lo que ya es. El astro es lo que ya es ni más ni menos. Todo aquello cuyo modo de ser consiste en ser lo que ya es y en el cual, por lo tanto, coincide, desde luego, su potencialidad con su realidad, lo que puede ser con lo que, en efecto, es ya, llamamos cosa” (Ortega y Gasset, 1951 [1939]: 338-339).
- 4 El olvido de la imagen integral de la persona, hace difícil la comprensión del sentido de su existencia y el alcance de su coexistencia: “gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, N° 365).
 - 5 “¿Qué es, pues, el hombre? Seguimos preguntando. Es un ser que siempre decide lo que es. Un ser que alberga en sí la posibilidad de descender al nivel de un animal o de elevarse a una vida acendrada. El hombre es ese ser que ha inventado las cámaras de gas; pero es también ese ser que caminó en dirección a esas cámaras de gas en actitud erguida o rezando el Padre nuestro o con la oración judía de los agonizantes en los labios” (Frankl, 1994: 268).
 - 6 “El educador se relaciona y trata con personas que tienen unas determinadas historias, circunstancias, deseos, proyectos [...]. Y se van a ir ‘chocando’ con la realidad de la vida” (Rueda *et al.*, 2011: 708).
 - 7 Para Ortega y Gasset “socializar al hombre es hacer de él un trabajador en la magnífica tarea humana, en la cultura, donde cultura abarca todo, desde cavar la tierra hasta componer versos” (Ortega y Gasset, 1957: 517).
 - 8 Según Juan Sánchez y Gey Venegas “la vida humana no se agota en la supervivencia, sino que exige un permanente crecimiento” (2010: 71).
 - 9 La meta de la educación “no es *hacer* sino despertar personas. Por definición, una persona se suscita por una llamada, no se fabrica por domesticación. La educación no puede, pues, tener por fin amoldar al niño al conformismo de un medio familiar, social y estatal, ni se restringe a adaptarlo a la función o al papel que jugará como adulto [...] el niño es sujeto [...]. Sin embargo, no es sujeto puro ni sujeto aislado; inserto en colectividades, se forma en ellas y por ellas” (Mounier, 1990: 544-545).
 - 10 En septiembre de 2012, un religioso pasionista me envió un interesante e-mail que contenía una frase profética del físico judeo-alemán Albert Einstein: “temo el día en que la tecnología sobrepase nuestra humanidad”.
 - 11 Comenta Ortega y Gasset: “no es que en la vida se hagan proyectos, sino que toda vida es en su raíz proyecto, sobre todo si se galvaniza el pleno sentido balístico que reside en la etimología de esta palabra. Nuestra vida es algo que va lanzado por el ámbito de la existencia, es un proyectil, solo que este proyectil es a la vez quien tiene que elegir su blanco. Nuestra vida va puesta por nosotros a una u otra meta” (Ortega y Gasset, 1950 [1930]: 645).
 - 12 “Humanizarnos es adquirir nuevas miradas, porque lo propiamente humano es despegarse de la naturaleza animal, instintiva y llegar ‘al otro’ y hasta a ‘lo otro’. Esta alteridad significa romper uniformidad, alcanzar lo complejo, aceptar el riesgo, superar la rutina. Mediante el diálogo se crece en consciencia. Ello quiere decir tomar en cuenta lo que nos sucede, interesar-

- nos por un saber que tiene que ver con la vida de los hombres” (Sánchez y Venegas, 2010: 78).
- 13 La siguiente cita de Unamuno, extensa, permite ilustrar lo que él entiende por “intrahistoria”: “las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del ‘presente momento histórico’, no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura, no mayor como respecto a la vida intra-histórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madréporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia [...]. Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras” (Unamuno, 1966 [1895]: 793).
- 14 En esta misma línea, no deberíamos olvidar algunas frases lapidarias de uno de los discursos del presidente uruguayo José Mujica: 1) “El hombre no gobierna hoy a las fuerzas que ha desatado, sino que las fuerzas que ha desatado gobiernan al hombre. Y a la vida, Porque no venimos al planeta para desarrollarnos solamente, así, en general”. 2) “No se trata de plantearnos el volver a la época del hombre de las cavernas, ni de tener un ‘monumento al atraso’. Pero no podemos seguir, indefinidamente, gobernados por el mercado, sino que tenemos que gobernar al mercado”. 3) “La causa es el modelo de civilización que hemos montado. Y lo que tenemos que revisar es nuestra forma de vivir”. 4) “El desarrollo no puede ser en contra de la felicidad. Tiene que ser a favor de la felicidad humana; del amor arriba de la Tierra, de las relaciones humanas, del cuidado a los hijos, de tener amigos, de tener lo elemental”.
- 15 La persona “no debe imaginarse a la manera de un contenido, de una identidad abstracta, no se define, surge, se expone y afronta [...]. No se afirma fuera del hombre o por separado del otro, sino contra el mundo impersonal del “se”, el mundo de la irresponsabilidad, de la huida, del sueño vital, de la diversión, de la ideología, de la charlatanería, en el mundo de la afirmación, de la responsabilidad, de la presencia, del esfuerzo, de la plenitud. Así, del mismo modo que no compromete al hombre con el aislamiento, una filosofía de la persona no lo anima a rumiar y a la evasión, sino por el contrario, a una viva lucha y a un servicio activo” (Mounier, 1990: 228).
- 16 www.losgrobo.com/.../discurso-de-pepe-mujica-a-los-intelectuales
- 17 “Es a través del proceso de experimentar y reflexionar sobre diferentes experiencias como podemos rehacer, recrear, reconstruir y reorganizar nuestra humanidad” (Rueda *et al.* 2011: 707).

- 18 “Una de las causas de los sentimientos de incertidumbre, de frustración, de malestar general y, sobre todo, de aburrimiento que se dan en amplios sectores de la juventud actual, es probablemente la falta de impartición de una educación entendida como perfeccionamiento de las personas. Actitudes que se van extendiendo a todos los que intervienen en el proceso educativo: padres, profesores, monitores y educadores en general” (Forment *et al.*, 1989: 55) .
- 19 “En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS, 22). En este sentido, por ser el hombre *res sacra*, no se puede comprender su misterio al margen del misterio de Dios.
- 20 Esta inquietud humana es expresada en otros pasajes bíblicos: Sal 144 [143], 3-4; Jb 7, 17-18; Si 17, 1-14; Hb 2, 6-9. Algo de divino hay en el hombre que, llevando una conducta en la tierra inspirada en la palabra de Dios, hace posible que se encamine a su encuentro a través de la respuesta concreta que Dios mismo da a la inquietud humana: Jesucristo. “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios” (GS 19).



Bibliografía

- AGUSTÍN, San
1946 [398-400] *Obras de San Agustín*. Tomo II. Madrid: BAC.
- ARRIZABALAGA, Mónica
2012 “Finlandia: una lección sobresaliente”. En: *ABC*. 10 de octubre de 2012, pp. 42-43.
- BANCO CENTRAL DEL ECUADOR
s.f. *Pensamiento idealista ecuatoriano*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas
1984 *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- CONCILIO VATICANO II
1966 *Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación posconciliar*. Madrid: BAC.
- CORMARY, Henry *et al.*
1975 *Diccionario del saber moderno: la pedagogía*. Bilbao: Mensajero.
- FONSECA, Pablo
2012 “Singapur, el pequeño gigante donde no existen las aguas negras”. En: *El Comercio*. 11 de noviembre de 2012. Quito, p. 13.
- FRANKL, Viktor
1994 [1950] *El hombre doliente*. Barcelona: Herder.
- GARCÍA, María y GARCÍA, Juan
2012 *Filosofía de la educación. Cuestiones de hoy y de siempre*. Madrid: Narcea/ UNED.
- GARCÍA HOZ, Víctor *et al.*
1989 *El concepto de persona*. Madrid: Rialp.
- GASTALDI, Ítalo
1990 *El hombre, un misterio*. Quito: Instituto Superior Salesiano.

- GRÜN, Anselm
2008 *El libro de las respuestas de Anselm Grün a las preguntas fundamentales de la vida*. Bogotá: San Pablo.
- JUAN PABLO II
1992 *Catecismo de la Iglesia Católica*. España: Asociación de Editores del Catecismo.
- MARCEL, Gabriel
2002 *Obras selectas*. Tomo I. Madrid: BAC.
- MILLÁN PUELLES, Antonio
1963 *La formación de la personalidad humana*. Madrid: Rialp.
- MOLTMANN, Jürgen
1976 *El hombre*. Salamanca: Sígueme.
- MOUNIER, Emmanuel
1990 *Obras completas*. Tomo III. Salamanca: Sígueme.
- ORTEGA Y GASSET, José
1950-1957 [1910-1939] *Obras completas*. Tomos I, II y V. Madrid: Revista de Occidente.
- ROCHER, Guy
1973 *Introducción a la sociología general*. Barcelona: Herder.
- ROJAS, Enrique
2005 *El hombre light*. Madrid: Temas de Hoy.
- RUEDA, Juan *et al.*
2011 “Esperanzas y frustraciones del educador”. En: *Sal Terrae*. Vol. 99. Nº 1.159. Santander, septiembre de 2011, pp. 705-718.
- SAAVEDRA, Alejandro
2006 *Nueva educación*. Quito: Abya-Yala.
- SÁNCHEZ, Juana y VENEGAS, Gey
2010 “El educador: interrogantes y oportunidades”. En: *Religión y Cultura*. Vol. LVI. Nº 252, enero-marzo de 2010, pp. 69-82.
- UNAMUNO, Miguel de
1966 [1895] *Obras completas*. Tomo I. Madrid: Escelicer.



Fuentes electrónicas

- MÚJICA, José
2009 “Discurso a los intelectuales en el Palacio Legislativo”. [En línea]. 29 de abril de 2009, disponible en: www.losgrobo.com/.../discurso-de-pepe-mujica-a-los-intelectuales [Accesado el 8 de noviembre de 2012].
- 2012 “Discurso en la cumbre Río”. [En línea]. 20 de junio de 2012, disponible en: www.textosypretectos.com.ar/Discurso-de-pepe-mujica-en-rio-20 [Accesado el 8 de noviembre de 2012].
- NUSSBAUM, Martha
2012 “Discurso Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales”. [En línea]. 26 de octubre de 2012, disponible en: www.premiosprincipe.es [Accesado el 19 de noviembre de 2012].

Fecha de recepción del documento: 5 de enero de 2013
Fecha de aprobación del documento: 15 de abril de 2013